

propagaste tan prodigiosamente en tu vida mortal, y alcánzanos del Señor que perseverando fieles á los principios de la fe y de la religion católica que nos gloriamos de profesar, sepamos resistir á los ataques de la incredulidad y combatir denodadamente contra las seducciones del vicio; para que en premio de esta constancia y fidelidad, merezcamos ver en esta vida el triunfo del cristianismo que predicaste, y en la otra gozar para siempre de la eterna bienaventuranza de la gloria.

SERMON

DE SAN JULIAN,

OBISPO DE CUENCA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo.

Veis aquí al gran sacerdote que en sus dias agradó mucho al Señor.

Eclesiástico, c. 44.

La falsa ilustracion de tantos sabios con que se envanece el mundo : el esplendor, la brillantez y fastuosidad de los grandes de la tierra : el magnetismo de esas bellezas que figuran en primera línea en la sociedad : y esa lluvia de oro que fecundiza los campos de la ambicion en que vegeta nuestro siglo, nos ilusionan, nos ocupan demasiado, nos encantan y logran acaso excitar nuestra admiracion hácia unos objetos que reprueba la razon, condena la fe, y rechazan los que temen á Dios y observan sus preceptos. Vivimos en un tiempo en que con el arte del decir parece que se ha hallado el secreto de demostrar lo que se quiere, de hacer pasar el bien por mal, las tinieblas por la luz y la luz por las tinieblas, como lo decia un profeta de los impíos de sus dias. Una nueva filosofia anatematizada por el Apóstol se atreve á disputar al mismo Dios sus sacrosantos derechos; se burla del respeto con que celebramos la memoria de aquellos santos que con sus doctrinas y ejemplos nos enseñan á ser felices, y desgraciado del que se propase á decir con el celo de Isaías: «Ay de ti gente pecadora, pueblo de grave iniquidad, semilla malvada, hijos facinerosos, apóstatas del Señor, blasfemadores del santo de Israel!» porque este será tenido por fanático, se declamará contra su existencia, y todos se di-

rán al verle : « oprimamos al justo y atentemos contra su vida, porque su conducta es contraria á nuestras obras. » Y valga la verdad, señores : ¿ no hay algo de esto entre nosotros? El libertinaje, la licencia, los vicios y las pasiones de los pecadores orgullosos que todo lo dominan ¿ no quieren arrollar como en un furioso torbellino á los justos que viven en la ley santa del Señor? ¿ No tenemos bastante razon para decir que toda carne ha corrompido sus caminos, y que la tierra llena de abominaciones está amenazada por el que ha dicho que « perderá la sabiduría de los sabios y reprobará la prudencia de los prudentes del siglo (1)? Pues sin embargo de esto, amables oyentes, á pesar de tanta iniquidad, calmaos, respirad, y aun prorumpid en cánticos de júbilo y alegría, porque sobre las justicias de nuestro Dios son sus misericordias : porque para nuestro consuelo ha suscitado un Moises con orden de librarnos de los peligros del Egipto, un Daniel para que nos salve de las profanaciones de la Babilonia en que vivimos, un Onías que nos instruya en los preceptos de la ley santa del Señor, y por todos un san Julian obispo de Cuenca fortalecido con el espíritu de los Samueles, Elías, Jeremías y Bautistas ; con la gracia de los Pablos, Ambrosios y Agustinos, capaz de defender con su celo, doctrina y santidad la religion de nuestros padres, de confundir á sus enemigos y de enseñar y dirigir á los pueblos por la senda recta de la virtud hácia los tabernáculos de la gloria.

Bendito sea el Padre de nuestro Señor Jesucristo y Dios de toda consolacion, podemos repetir con san Pablo : porque si los partidarios de la impiedad nos afligen y los libertinos se empeñan en minar y destruir hasta los cimientos de nuestra iglesia santa, san Julian nos defiende contra todos los esfuerzos del infierno : él nos fortalece con su espíritu, anima nuestras almas y nos dice con sus obras, que nos despojemos de todos los adornos en que la vanidad hace su presa ; que pongamos un muro de separacion entre la infame sinagoga del mundo y nuestro santuario ; que busquemos á Dios miéntras que puede encontrarse en los caminos de la virtud, y que vivamos alerta para no caer en las garras del leon infernal que ruge por devorarnos, ni ser víctimas de la general depravacion que tantos estragos hace en nuestra nacion católica. San Julian, en una

(1) *Paul. I. Corint. c. 1. v. 19.*

palabra, es el destinado por Dios para dirigirnos en las azarosas circunstancias que nos rodean, porque su nacimiento, su vida, sus ejemplos, sus instrucciones y su muerte nos enseñan á ser virtuosos en la vida y santos en la muerte, que abre la puerta á los justos para entrar á la felicidad eterna ; como os lo voy á probar en este breve rato, bajo la base de que este santo prodigioso fué un gran sacerdote que en sus dias agradó mucho al Señor, como lo expresan estas palabras de mi texto : *Ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo.*

Virgen santa : vos que resplandeciente como el sol aparecisteis al glorioso san Julian para llevarle entre músicas celestiales á la mansion de la felicidad eterna, porque fué un sacerdote que en sus dias agradó mucho al Señor : favorecedme, y haced que no pronuncien mis labios mas que palabras de edificacion para todos los que me escuchan. Esta gracia, Señora, os pedimos recordándoos aquel momento dichoso en que os dijo el ángel : *Ave María.*

Han blasfemado tanto contra nuestra religion santa los impíos de nuestros dias, que bien pudiéramos decirles « sois contra la religion de Jesus lo que fueron contra Jerusalem los impuros hijos de Amon, los soberbios habitantes de Tiro, los insolentes asirios, los atrevidos amalecitas y los engañadores y falsos gabaonitas. Habeis salido del pozo infernal y traído á nuestro suelo el error, el desorden, el escándalo, la abominacion, la blasfemia, la mentira, la impiedad y todos los monstruos de la incredulidad y del ateismo, y habeis convertido la nacion católica en un caos de espantosa confusion que estremece á los sensatos, aterra á los justos y llena de infernal sonrisa á los que reñidos con las ideas de lo honesto y de lo justo quieren establecer el imperio del horror, de la injusticia y de la tiranía en nuestro suelo. Pero no os engriais ni canteis victoria ; porque el gran Dios que vela sobre su pueblo ha colocado sobre los muros de su ciudad al glorioso san Julian, y nadie con tal defensa podrá hacer daño alguno á nuestro santuario. Este santo prodigioso es el ángel exterminador que ha de acabar con la impiedad, el Josué valeroso que ha de hacer con los blasfemos lo que hizo el caudillo de Israel con los cinco reyes amorreos, el Gedeon que ha de poner en vergonzosa fuga á los

enemigos de la iglesia santa, el Esdras religioso que con la espada de su doctrina y con el irresistible escudo de su edificante conducta ha de restituir el decoro á la casa del Señor y levantar sus muros, y el David animoso que con las limpias piedras de su erudicion sagrada, sacada del torrente de las santas Escrituras, ha de echar por tierra á los gigantes de la irreligion asegurando los derechos de la esposa inmaculada protegida por la diestra del Altísimo. San Julian es uno de aquellos varones esclarecidos á quienes dijo Jesucristo : « como mi Padre me « envió al mundo, del mismo modo os envió á vosotros para que « enseñeis á las gentes cuanto deben creer y obrar para salvar- « se. Yo os enviaré el Espíritu santo que os enseñará todas las « verdades. El que á vosotros oye y obedece, á mí me oye y « obedece : y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia. » Hay acaso quien dude de la mision divina con que san Julian pronunció sentencias de vida eterna en el campo del Padre celestial? ¿ Quereis por ventura examinar las credenciales con que el cielo autorizó á este santo para anunciar sus juicios á los hombres y dirigirlos por los caminos de la verdadera justicia? pues escuchadme.

San Julian apareció en el mundo como un don precioso de aquella gracia celestial con que se honra y gloria el cristianismo. Fué concedido á las oraciones de sus padres con señales demostrativas de su futura santidad : se les manifestó en una vision misteriosa que tendrian un hijo acérrimo defensor del santuario : en el momento en que salió del vientre de su madre, alzó su tierno brazo y echó la bendicion á todos los que allí estaban, haciendo la señal de la cruz como la suelen hacer los obispos cuando bendicen al pueblo : al llevarle á bautizar oyeron todos una suavísima música de ángeles que cantaban y decian en el aire : « Hoy ha nacido un niño que en gracia no tiene igual : » en la pila bautismal se vió un niño grande y hermosísimo que con una mitra en la cabeza y un báculo en la mano decia al sacerdote : *Julian ha de ser su nombre.* Desde el mismo día de su nacimiento mostró los rayos de la luz y amor divino que tenia en su alma : comenzó á afligir su cuerpecito, á ayunar tres dias á la semana y á balbuciar los nombres de Jesus y de María. Mas crecido rezaba muchas oraciones que tenia señaladas para cada dia, y se ejercitaba en la oracion, en la penitencia y en obras de piedad y misericordia. Aprendió las ar-

tes liberales, estudió y enseñó en las escuelas como maestro la sagrada teología. Muertos sus padres, hizo voto de conservar su virginal pureza y de entregarse del todo al Señor, para lo que escogió una casa pequeña contigua al convento de san Agustin de Burgos, junto á una ermita en donde vivió santo Domingo de Sílos. Llegó en esto á la edad de poder ordenarse, y yo tengo un derecho para preguntaros y deciros : « Todas estas cosas ¿ no dan á entender que Dios habia escogido á Julian para que como Samuel le sirviese en el santuario, y fuese un pastor esclarecido en su iglesia santa? ¿ No forman una infancia virtuosa, digna de servir de ejemplar á todos los que se propongan ser virtuosos en la vida y santos en la muerte? » Pues oidme un poco mas.

Adornado nuestro santo con las virtudes que hacen digno al que es llamado como Aaron al estado sacerdotal, recibió con extraordinaria devocion los órdenes sagrados que ejerció como un ángel. Celebraba el santo sacrificio de la misa con tanta abundancia de lágrimas y sentimiento de su alma, que todos los que la oían se enternecian y compungian. Se ocupaba en el estudio de las santas Escrituras y de los santos Padres, oraba sin cesar, se mortificaba edificando á todos con su ejemplar conducta, y dedicándose al oficio de la predicacion hizo tanto fruto en Burgos, en su comarca y otras tierras, que por su suma perfeccion y santidad le hicieron arcediano de Toledo, y en seguida obispo de Cuenca, cuya dignidad no quiso aceptar por su profunda humildad. Al fin instado por el rey don Alonso, no pudo resistirse á la voluntad de Dios : bajó su cerviz al yugo, se consagró de obispo, y aquí, señores, aquí deberia tomar la palabra un Crisóstomo; porque yo ¿ quién soy? para haceros comprender lo que esta lumbrera de la fe hizo en cumplimiento de su cargo pastoral? Ah! san Julian sabia muy bien lo que san Pablo exige en los obispos : habia estudiado en la escuela de Jesucristo, y sabia que el cargo que Dios le habia dado era de pastor y no de señor, y revistiéndose de una llaneza y modestia admirables, de una caridad ardiente y de un celo verdaderamente apostólico, comenzó á derramar tan luminosos rayos de virtud sobre el pueblo que se le habia encomendado, que arrebatava tras sí á todos sus súbditos. Era ojos para el ciego, padre para los huérfanos, remedio para las viudas, consuelo para los afligidos, y sustento, amparo y refugio para los pobres

y necesitados. Ni un real de sus rentas guardaba para sí: todo lo invertía en limosnas y obras pías, se alimentaba con la labor de sus manos como el Apóstol, y á nadie era gravoso. Visitaba su obispado cada año exhortando á todos al amor de sus prójimos y al santo temor de Dios. Argüía, suplicaba, increpaba y reprendía con paciencia y doctrina; y con los eclesiásticos, con los seglares, con los fieles y con todo el mundo era tan solícito y cuidadoso, que haciéndose un todo para todos por ganarlos á Jesucristo, á todos miraba como á hijos de sus entrañas. ¡ Con qué caridad tan acendrada cuidaba de rescatar á los cautivos que gemían en poder de los moros! ¡ Con qué amor tan ardiente remediaba las necesidades y miserias de sus ovejas! El cielo se ha encargado de hacérselo comprender: el mismo Dios con el lenguaje de los milagros se digna demostrarnos que san Julian fué un gran sacerdote que en sus dias agradó mucho al Señor, y que él fué escogido en los decretos eternos para dirigirnos por los caminos de la virtud hácia la perfeccion de nuestros respectivos estados. Escuchad pues la elocuencia divina; Dios toma por su cuenta el elogio que yo no sé hacer del grande obispo de Cuenca, y á él debeis prestar vuestros oídos.

Acostumbraba san Julian á dar de comer en su casa á muchos pobres á quienes servía á la mesa: vió un dia á un pobre mas roto, miserable y maltratado que los demas; y llamándole aparte el santo obispo para socorrerle con mas liberalidad, le preguntó quién era. Entónces el pobre lleno de resplandor celestial le contestó: « Yo te agradezco Julian, amigo mio, lo que haces por mis pobres: te prometo en pago de esto la gloria eterna: » y desapareció dejándole convencido de que el mismo Jesucristo se habia dignado visitarle. Concurren un dia muchos pobres á pedir socorro á san Julian, y aunque él sabia que se habia repartido todo el trigo de su granero, llamó á su limosnero, y mandándole que fuese á ver si habia quedado algun grano en la panera, obedeció el buen criado y halló que el granero estaba lleno de trigo, y se repartió á los necesitados. Envía Dios una gran pestilencia para castigo y aviso de los hombres; ningun medio humano bastaba para poner remedio á su furia, pero san Julian recurre á la oracion: pide á Dios por su pueblo, y el Dios que nada niega á la oracion de los humildes, hace cesar aquella calamidad. Aun hace mas: dispone que para gloria de nuestro santo sanen todos los que tocaban las cestitas que

hacia para mantenerse con su valor, y entendiesen que su siervo era un gran sacerdote. Mil asechanzas, engaños y falsedades con que el enemigo comun intentó apartarle del camino de la santidad fueron deshechas con la señal de la cruz y con la fe viva de este santo pontífice, el que habiendo florecido con su celestial doctrina, vida santa y milagros, y siendo ya casi de ochenta años, cayó en una grave enfermedad en que se reprodujeron los milagros de su nacimiento, para demostrar con ellos que no hubo un momento en que san Julian dejase de ser grato á los ojos del Señor. Se le apareció María santísima con una guirnalda de rosas en la cabeza, acompañada de ángeles y de vírgenes que cantaban este verso. « *Vois aqui al gran sacerdote que en sus dias agradó mucho al Señor.* » Consoló la Madre de las gracias á su devoto, y dándole una palma le dijo. « *Siervo de Dios, toma esta palma en señal de la virginidad y pureza que siempre has guardado.* » Con esto desapareció la vision celestial, san Julian quedó abismado en la contemplacion de las cosas divinas, y herido de amor á su Dios mas que de la enfermedad corporal, dió su espíritu al Señor dejándonos celestiales doctrinas que seguir, eficaces ejemplos que imitar, lecciones de vida eterna que aprender, y todo lo que necesitamos para ser virtuosos en la vida, y santos en la muerte que ha de abrirnos la puerta de la gloria.

Os he expuesto los hechos con la sencillez de la verdad, porque ellos son mas expresivos y enérgicos que todas las frases de la elocuencia humana. Os he manifestado la dignacion con que el Omnipotente se declaró en favor de su siervo obrando milagros estupendos ántes de nacer, en su nacimiento, en su vida, en su muerte y aun despues de ella; y de todo he deducido, que san Julian fué un gran sacerdote que en sus dias agradó mucho al Señor: que él nos enseña á conocer y á practicar la virtud; que aseguramos nuestra felicidad en sus doctrinas, instrucciones y ejemplos, y que con su proteccion y amparo podemos aspirar á ser virtuosos en la vida y santos en la muerte. Pero todo esto, ¿ de qué sirve si no haceis un esfuerzo para dejar al mundo, sus pompas y vanidades, emanciparos de la dominacion de los vicios y entrar en la senda que conduce á la salvacion eterna? ¿ Qué son estas solemnidades, estas fiestas y agasajos religiosos, sin formar propósitos de ser buenos cristianos, de imitar en lo posible á san Julian y de merecer su inter-

cesion con el Dios que nos redimió, que nos llama, que nos convida con su gracia, que quiere hacernos dichosos y felices, y que tiene pensamientos de paz y de misericordia sobre nosotros? Nada, amados de mi alma, nada importan las exterioridades, si el corazón no las decora con el espíritu religioso que debe informar nuestras obras. Estos cultos religiosos serán gratos á Dios, si con ellos tratamos de honrarle ofreciéndole un corazón contrito y humillado, que es lo que jamás desprecia según el real Profeta. Pero si en vez de venir á este santo templo á venerar á nuestro Dios en su gran pontífice el glorioso san Julian, venimos á insultarle con la ponzoña del pecado en nuestras almas, con pensamientos criminales, con modales lividinosos é indecentes, y con todo ese tren de orgullo, de vanidad, de hipocresía y de escándalos con que viajan los impíos: ¿qué podremos prometernos? Que se agraven nuestros males, que se apodere de nosotros el infierno, que sea nuestra suerte la más desastrosa. Pensad en vosotros mismos al pensar en las virtudes, en los milagros y grandezas de san Julian obispo de Cuenca, y confiad en su protección.

Y vos, santo prodigioso: ¿no nos proporcionaréis desde el cielo los bienes que á manos llenas derramásteis sobre vuestras ovejas mientras vivisteis con ellas en la tierra? ¿Nos dejaréis en poder de mano impía para que tengamos la desgracia de los que nacen, viven, mueren y se condenan sin remedio? No, pastor caritativo: no es posible que así trateis á los que os invocan en sus necesidades. Os complacéis en favorecer á vuestros devotos, en alcanzarles las gracias que necesitan para vivir con rectitud y morir en gracia, y esto es lo que todos os pedimos y suplicamos. Miradnos, padre santo: miradnos desde la gloria con ojos de piedad y alcanzadnos la dicha de vivir virtuosos, de morir santos y de ser eternamente felices con vos en la gloria, que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN JUSTO Y SAN PASTOR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EL MARTIRIO DE ESTOS NIÑOS FUÉ UN GLORIOSO TRIUNFO
DE NUESTRA RELIGION.

Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos, ut destruas inimicum et ultorem.

Quisisteis, Señor, que vuestras alabanzas salieran de la boca de los niños y sencillos, para mayor confusión de los impíos que se rebelan contra vos.

Salmo 8. v. 3.

¡Qué necia y temerariamente confían los hombres en su poder y en sus fuerzas, cuando tienen la presunción y el arrojo de oponerse á los planes y la voluntad del Señor! Los muros de Jericó no fueron destruidos á fuerza de máquinas militares ni con los violentos y frecuentes combates y asaltos: el débil sonido de las trompetas echó por tierra los paredones de aquella orgullosa ciudad en que tanto confiaban. El ejército de los asirios no fué disipado con los vigorosos ataques y la resistencia infatigable de los habitantes de Betulia: una viuda sola y sin mas armas que las de su confianza en Dios, ni mas escolta que la de una anciana y tímida criada, cortó la cabeza con su propia espada al general Holoférnes, y puso al ejército en la más vergonzosa fuga. El soberbio y blasfemo Goliat no halló resistencia en los fuertes y valientes campeones del ejército de Saúl, y un pobre pastorecillo, el último de entre sus hermanos, sin otra